

*Homilía de D. Juan Carlos Fernández de Simón,
Canciller-Secretario General del Obispado y
Vicepostulador de la Causa de Canonización,
en el 14^o aniversario del fallecimiento
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús,
03 - 08 - 2018*

Que me escuche tu gran bondad, Señor (Sal 68, 14).

Queridos hermanos en el sacerdocio, muy apreciada comunidad de monjas concepcionistas, estimados hermanos y hermanas:

Nos hemos reunido en torno al altar para ofrecer el sacrificio eucarístico en sufragio por el alma elegida de la Sierva de Dios, Madre Mercedes de Jesús, en el decimocuarto aniversario de su muerte. Queremos orar por esta monja concepcionista que se consagró por completo al Señor desde su vocación monástica, en este Monasterio de la Inmaculada y Santa Beatriz, dejándonos iluminar por la Palabra de Dios que acabamos de escuchar.

En la primera lectura bíblica que se ha proclamado, los versículos que hoy nos presenta el libro del profeta Jeremías nos ayudan a responder a esta pregunta: ¿a qué nos lleva el entregar nuestra vida a la misión que a cada uno Dios nos confía? El Señor envía a Jeremías con la misión de pedir a su pueblo que le obedezcan, que escuchen su voz. En este fragmento contemplamos qué es lo que hace Jeremías. Predica a los demás la obediencia, obedeciendo él primero al Señor, escuchando su Palabra. El Señor le dice: *Les repites a todos las palabras que yo te mande decirles; no dejes ni una sola. A ver si escuchan y se convierte cada cual de su mala conducta* (Jr 26, 2-3). Y Jeremías escucha, y obedece. Y ciertamente, esta misión encomendada a Jeremías, no era nada sencilla, tanto es así que acaba siendo amenazado de muerte.

Si nos fijamos en la Sierva de Dios, Madre Mercedes de Jesús, podemos comprobar que, al igual que el profeta Jeremías, se entregó a la obediencia con entera disponibilidad. Ella supo vivir el compromiso de su entrega monástica en la donación de su voluntad y actividad a Dios. Decía ella misma a sus monjas: *Es Jesús quien nos describe qué es la obediencia al decirnos «Si me amáis, guardaréis mis mandatos, el que no me ama no los guarda». Es decir, que nuestro voto de obediencia es la opción de entregar nuestra voluntad a quien se ama, Dios, para hacer y amar lo Él nos manda amar: sus mandamientos. Quien le ama desea depender de Él y cumplir sus deseos. Quien no obedece no ama a Dios, porque no le entrega su voluntad que es la más clara manifestación de amor* ("Ejercicios Espirituales", pág. 108).

Hermanos y hermanas, toda la vida de la Sierva de Dios, Madre Mercedes de Jesús, se desarrolló bajo el signo de esta obediencia, de la capacidad de entregarse de manera

generosa, sin reservas, sin medida, sin cálculo. Lo que la movía era el amor a Cristo, a quien había consagrado su vida, un amor sobreabundante e incondicional. Y precisamente porque se acercó cada vez más a Dios en el amor, pudo desde la clausura hacerse acompañante de tantas personas que se acercaron al locutorio del monasterio buscando su consejo, extendiendo de esta manera en el mundo el perfume del amor de Dios. Quien tuvo la alegría de conocerla y frecuentarla, pudo palpar cuán viva era en ella la certeza de una súplica que transforma *Mi oración se dirige a ti, Señor, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude*, como hemos escuchado en el Salmo responsorial (68, 14); certeza que la acompañó a lo largo de toda su vida y que, de forma especial, se manifestó durante el último período de su peregrinación terrena: de hecho, la progresiva debilidad física jamás hizo mella en su fe incommovible, en su luminosa esperanza, en su ferviente caridad. Se dejó consumir por Cristo, por la Iglesia, por el mundo entero: el suyo fue un sufrimiento vivido hasta el final por amor y con amor.

Recordaba también a sus hermanas a propósito de la obediencia, nuestra querida Madre Mercedes, lo que se recoge también en sus Estatutos: *Las concepcionistas, llamadas a vivir la obediencia y disponibilidad humilde de la esclava del Señor, María Inmaculada, consideramos que nuestra consagración a la obediencia se fundamenta en la dependencia o relación amorosa de Dios, en la que Él mismo creó al hombre al hacerle a su imagen y semejanza; dependencia restaurada y llevada a plenitud por la inmaculada obediencia de Jesús hasta la muerte de cruz. Por ello, nos convencemos de que obedeciendo con amor no nos despersonalizamos, sino que estamos con María, realizando nuestro proyecto personal de vida prolongando la obediencia oblativa de Cristo, en la que se apoya nuestra obediencia, para continuar así la restauración completa de la humanidad* ("Ejercicios Espirituales", págs. 108-109).

El Evangelio recién proclamado nos conduce a Nazaret, la ciudad de Jesús, donde le rechazan: *¿De dónde saca éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No es su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿No viven aquí todas sus hermanas? Entonces, ¿de dónde saca todo eso?* (Mt 13, 55). El escándalo no lo producen sus palabras o sus obras milagrosas; se escandalizan de la persona de Cristo! Se rechaza la persona de Cristo y no tanto su enseñanza.

La clave de la vida cristiana es la unión con Cristo. Lo esencial de la vida cristiana, como dice con fuerza San Pablo, es la unión con Cristo, hasta el punto de poder clamar: *vivo pero no soy yo el que vivo, es Cristo quien vive en mí* (Gal 2, 20). No se trata de una simple metáfora, sino la expresión de un misterio que nos desborda y que Madre Mercedes experimentó con fuerza: *¿Vivimos nosotros con esa misma conciencia, con esa misma frescura en todo lo que nos acontece, en nuestras vidas? Hay que estar dispuestos a dar la vida por Cristo. No existe un cristianismo de teorías y doctrinas, ni un cristianismo "de bajo coste". Ese vuelo no lleva al cielo. El coste, lo dice Él, es perder la vida: porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará* (Mt 16, 25). Como nos recordaba Benedicto XVI en su primera encíclica: *no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona [Cristo], que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva* (*Deus Caritas est*, n.1). Nos jugamos mucho en esto, porque el cristianismo no es un camino ético o un conjunto de verdades, aunque implica ambas cosas. Cristo sale a nuestro encuentro cada día y nos brinda su amistad antes que enseñarnos una sabiduría

única. Por esto, nuestra libertad tiene cada día el reto de acoger a la persona de Cristo, de consentir en esa relación de amistad e intimidad que nos propone cada día.

Sin ninguna duda, Madre Mercedes de Jesús entregó su vida entera al servicio de Cristo a través de María como consagrada en este monasterio. Nosotros debemos seguir, por tanto, orando sin descanso para que la causa de su canonización se vea cumplida pronto. En esta celebración pidamos para que la Iglesia aprecie sus heroicos logros y en su debido momento la declare santa. Nosotros no dejemos de encomendarnos en nuestras necesidades a la intercesión ante el Señor de la Sierva de Dios y no deberíamos olvidar que es nuestro deber informar de cualquier favor concedido a esta comunidad de monjas concepcionistas de Alcázar de San Juan.

A la Virgen Inmaculada, nos acogemos con confianza y amor. Tú que eres toda belleza, María, donde no hay mancha de pecado. Renueva en nosotros el deseo de ser santos: que en nuestras palabras resplandezca la verdad, que nuestras obras sean un canto a la caridad, que en nuestro cuerpo y en nuestro corazón brillen la pureza y la castidad, que en nuestra vida se refleje el esplendor del Evangelio. Que así sea.

Juan Carlos Fernández de Simón Soriano
Canciller-Secretario General del Obispado
Vicepostulador de la Causa de Canonización
de la Sierva de Dios Madre Mercedes de Jesús